

Adelanto de la novela

1Q84

Libros 1 y 2

de HARUKI MURAKAMI

Traducción del japonés de Gabriel Álvarez

TUSQUETS
EDITORES

Primer libro Abril-Julio

*It's a Barnum and Bailey world,
Just as phony as it can be,
But it wouldn't be make-believe
If you believed in me.*

[Es un mundo circense,
falso de principio a fin,
pero todo sería real
si creyeses en mí.]

«It's Only a Paper Moon»,
E.Y. Harburg & Harold Arlen

No se deje engañar por las apariencias

La radio del taxi retransmitía un programa de música clásica por FM. Sonaba la *Sinfonietta* de Janáček. En medio de un atasco, no podía decirse que fuera lo más apropiado para escuchar. El taxista no parecía prestar demasiada atención a la música. Aquel hombre de mediana edad simplemente observaba con la boca cerrada la interminable fila de coches que se extendía ante él, como un pescador veterano que, erguido en la proa, lee la aciaga línea de convergencia de las corrientes marinas. Aomame, bien recostada en el asiento trasero, escuchaba la música con los ojos entornados.

¿Cuántas personas habrá en el mundo que, al escuchar el inicio de la *Sinfonietta* de Janáček, puedan adivinar que se trata de la *Sinfonietta* de Janáček? La respuesta probablemente esté entre «muy pocas» y «casi ninguna». Pero Aomame, de algún modo, podía.

Janáček compuso aquella pequeña sinfonía en 1926. El tema inicial había sido creado, originalmente, como una fanfarria para una competición deportiva. Aomame se imaginaba la Checoslovaquia de 1926. La primera guerra mundial había finalizado, por fin se habían liberado del prolongado mandato de la Casa de Habsburgo, la gente bebía cerveza Pilsen en los cafés, se fabricaban flamantes ametralladoras y saboreaban la pasajera paz que había llegado a Europa Central. Hacía ya dos años que, por desgracia, Franz Kafka había abandonado este mundo. Poco después Hitler surgiría de la nada y, de repente, devoraría con avidez aquel bello país, pequeño y recogido, pero por aquel entonces nadie sabía aún

que ocurriría esa catástrofe. La enseñanza más importante que la Historia ofrece a las personas tal vez sea que «en cierto momento nadie sabía lo que sucedería en el futuro». Aomame se imaginaba el apacible viento atravesando las llanuras de Bohemia y, mientras escuchaba aquella música, reflexionaba sobre las vicisitudes de la Historia.

En 1926, el emperador Taishō falleció y se produjo la transición a la era Shōwa. En Japón también estaba a punto de comenzar una época oscura y abominable. El breve interludio de modernismo y democracia se terminó y el fascismo desplegó su poder. [...]

–Tiene usted un buen coche, muy poco ruidoso –dijo Aomame a espaldas del conductor–. ¿Qué coche es?

–Un Toyota Crown Royal Saloon –respondió lacónico el conductor.

–La música suena nítida.

–Es un coche silencioso. Por eso lo elegí. Toyota tiene una de las mejores tecnologías del mundo en lo que a insonorización se refiere.

Aomame asintió y volvió a recostarse en el asiento. Había algo en la manera de hablar del conductor que la atraía. Hablaba como si siempre se dejara algo importante por decir. Por ejemplo (y no es más que un ejemplo), como si no hubiera ninguna queja en cuanto a insonorización, pero el Toyota fallara en algo. Y cuando acababa de hablar, un pequeño fragmento de silencio locuaz se quedaba flotando en el estrecho espacio del vehículo, como una diminuta nube imaginaria. De algún modo, provocó en Aomame una sensación de inquietud.

–Sí que es silencioso –opinó Aomame para alejar aquella nubecilla–. Además, el equipo estéreo parece de lujo.

–Me lo pensé dos veces antes de comprármelo –el tono del conductor sonó como el de un oficial del Estado Mayor

retirado hablando de operaciones militares del pasado—. Pero como paso muchas horas dentro del coche, prefiero tener el mejor sonido posible y...

Aomame esperó a que siguiera hablando, pero no hubo continuación. Volvió a cerrar los ojos y a escuchar la música. Desconocía qué tipo de persona había sido Janáček. De todos modos, estaba segura de que el músico nunca se habría imaginado que alguien, en el silencioso interior de un Toyota Crown Royal Saloon, en medio de un atasco terrible en la autopista metropolitana de Tokio, en 1984, escucharía la música que había compuesto.

Con todo, a Aomame le pareció extraño haber reconocido enseguida que aquella música era la *Sinfonietta* de Janáček. ¿Y por qué sabía que había sido compuesta en 1926? No era muy fan de la música clásica. Tampoco tenía ningún recuerdo personal relacionado con Janáček. Sin embargo, en el momento mismo en que escuchó las notas del inicio de la obra, diversos conocimientos le vinieron a la mente de forma automática. Como si una bandada de pájaros entrara volando en una habitación por una ventana abierta. Además, aquella música provocaba en Aomame una sensación rara, semejante a una torsión. Sin dolor ni malestar. Tan sólo se sentía como si le estrujaran físicamente, de forma paulatina, todo el cuerpo. Aomame desconocía el motivo. ¿Por qué le causaría la *Sinfonietta* aquella sensación inexplicable? [...]

—A propósito —dijo el conductor volviendo un poco la cabeza hacia ella—, ¿tiene prisa?

—Tengo una cita en Shibuya. Por eso tomé el taxi en la autopista metropolitana.

—¿A qué hora es la cita?

—A las cuatro y media —afirmó Aomame.

—Ahora son las cuatro menos cuarto. No llegamos a tiempo.

–¿Tan grande es el atasco?

–Debe de haber un accidente enorme más adelante. Este tráfico no es normal. Hace ya un rato que apenas avanzamos.

A Aomame le extrañó que el conductor no escuchara la información vial por la radio. En la autopista se había formado un atasco brutal que lo obligaba a quedarse parado. Normalmente, los conductores de taxi tienen una frecuencia exclusiva y buscan información.

–¿Cómo lo sabe, si no escucha la información vial? –preguntó Aomame.

–No me fío de esa información –dijo el conductor en un tono un tanto vacuo–. La mitad es mentira. La Corporación Nacional de Carreteras sólo informa de las buenas condiciones del tráfico. Para saber lo que ocurre ahora, no me queda más remedio que ver con mis propios ojos y juzgar con mi propia cabeza.

–Y según sus estimaciones, el atasco no se va a disolver con facilidad.

–De momento, es improbable –afirmó el conductor, asintiendo con calma–. Se lo puedo garantizar. Cuando está así de congestionada, la autopista es un infierno. ¿La cita es por algo importante?

Aomame pensó.

–Sí, muy importante. Es una cita con un cliente.

–¡Qué lástima! Lo siento mucho, pero tal vez no lleguemos a tiempo. [...]

Aomame se apeó del taxi con el pequeño bolso bandolera de piel en la mano. Cuando se bajó del vehículo, el aplauso de la *Sinfonietta* seguía sonando en la radio. Se dirigió al espacio para evacuación en caso de emergencia, que estaba a unos diez metros más adelante, y caminó con precaución por el borde de la autopista. Cada vez que un camión de transporte pesado pasaba por el carril contrario, el pavimento tem-

blaba por el efecto de la alta velocidad. Más que a un temblor, se parecía a una marejada. Como caminar por la cubierta de un portaaviones en un mar encabritado.

La niña pequeña del Suzuki Alto rojo asomó la cabeza por la ventanilla del asiento del acompañante y se quedó mirando a Aomame boquiabierta. Entonces se dio la vuelta y preguntó a su madre:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué está haciendo esa chica? ¿Adónde va? ¡Yo también quiero salir! ¡Eh, mamá! ¡Yo también quiero salir! ¡Eh, mamá! —le pidió en voz alta insistentemente.

La madre sólo negó con la cabeza, en silencio. Después echó una rápida mirada de reproche a Aomame. Sin embargo, aquélla fue la única voz que se oyó en los alrededores, la única reacción perceptible. Los demás conductores se limitaban a dar caladas a sus cigarros, fruncían ligeramente el ceño y la seguían con la mirada, como si vieran algo deslumbrante, mientras ella caminaba a paso ligero, sin titubear, entre el muro lateral y los coches. Era como si, de momento, se reservaran sus juicios. A pesar de que los coches no se movían, el que alguien caminara por el pavimento de la autopista metropolitana no era algo habitual. Requería algún tiempo asimilarlo y aceptarlo como un episodio real. Aún más teniendo en cuenta que quien caminaba era una joven con minifalda y zapatos de tacón.

Aomame caminaba con paso firme y decidido, con la barbilla erguida, la vista fija al frente y la espalda recta, mientras sentía en la piel las miradas de la gente. Los zapatos de tacón castaños de Charles Jourdan golpeaban el pavimento con un ruido seco y el viento mecía los bajos del abrigo. Ya había comenzado abril, pero el viento aún era frío y contenía un presentimiento de agresividad. Encima del traje verde de lana fina de Junko Shimada, llevaba un abrigo de entretiempo beis y un bolso bandolera negro de piel. El pelo, que le llegaba

hasta los hombros, bien cortado y arreglado. No llevaba ningún complemento, ni nada que se le asemejara. Medía un metro y sesenta y ocho centímetros de estatura, y tenía todos los músculos cuidadosamente forjados, sin un gramo de grasa de más, aunque el abrigo lo ocultaba.

Observando con detenimiento su rostro de frente, podía verse que la forma y el tamaño de sus orejas diferían considerablemente. La oreja izquierda era bastante más grande que la derecha y un poco deforme. Pero nadie se daba cuenta de ello, porque, por lo general, el pelo se las ocultaba. Al cerrar los labios, éstos formaban una línea recta y sugerían un carácter arisco en toda circunstancia. Una naricita fina, unos pómulos un tanto salientes, una frente ancha y unas cejas largas y rectas acusaban aún más esa tendencia. Gustos aparte, podría decirse que era bella. [...]

Al llegar al espacio de estacionamiento para urgencias, Aomame se detuvo y miró a su alrededor buscando las escaleras de emergencia. Las encontró pronto. A la entrada de las escaleras había una verja de hierro que le llegaba un poco más arriba de la cintura, y le habían echado el cerrojo a la puerta, tal y como el conductor le había dicho. Le amargaba un poco tener que saltar la verja con la minifalda ceñida que llevaba, pero, mientras no atrajera las miradas de la gente, no iba a resultar demasiado difícil. Se quitó los zapatos de tacón sin titubear y los metió en el bolso bandolera. Si caminaba descalza, quizá se le romperían las medias, pero podía comprar unas nuevas en cualquier tienda.

La gente observaba en silencio cómo se descalzaba y se quitaba el abrigo. Por las ventanillas abiertas de un Toyota Celica negro, que estaba parado justo enfrente, sonaba de música de fondo la voz aguda de Michael Jackson. *Billie Jean*. A Aomame se le ocurrió que era como si estuviera en medio de un show de *striptease*.

«¡De acuerdo! Miren si quieren. Seguro que se están aburriendo, metidos en este atasco. Pero, señoras y señores, no voy a desnudarme más. Hoy sólo toca zapatos de tacón y abrigo. Lo siento mucho.»

Aomame se cruzó el bolso bandolera para que no se le cañera. El flamante Toyota Crown Royal Saloon negro del que acababa de bajarse se veía a bastante distancia. Recibía de frente el sol de la tarde y el parabrisas deslumbraba como un espejo. Ni siquiera se veía la cara del conductor. Sin embargo, debía de estar mirándola.

No se deje engañar por las apariencias. Realidad no hay más que una.

Aomame inspiró y espiró profundamente. Luego saltó la verja siguiendo con el oído la melodía de *Billie Jean*. Se había arremangado la minifalda hasta la cintura.

«¡Qué más da!», pensó. «Si quieren mirar, que miren a gusto. Porque aunque miren lo que hay debajo de la falda, no van a ver a través de mi persona.» Aquellas bellas y esbeltas piernas eran la parte del cuerpo de la que más orgullosa se sentía Aomame.

Cuando se bajó al otro lado de la verja, Aomame se colocó bien la falda, se limpió el polvo de los brazos, se volvió a poner el abrigo y se colgó la bandolera al hombro. También empujó el puente de las gafas de sol hacia atrás. Tenía las escaleras de emergencia ante los ojos. Eran unas escaleras de hierro pintadas de gris. Unas escaleras que sólo buscaban la sencillez, el pragmatismo y la funcionalidad. No habían sido fabricadas para que las utilizara una chica en minifalda y con tan sólo unas medias. Junko Shimada tampoco diseñaba trajes teniendo en cuenta que se utilizarían para subir y bajar escaleras de evacuación en la Ruta 3 de la autopista metropolitana. Un pesado camión pasó por el carril contrario y las escaleras temblaron. El viento silbaba por entre los huecos

del almacén de hierro. Con todo, allí estaban las escaleras. Ahora sólo le faltaba bajarlas hasta tocar tierra.

Aomame se volvió por última vez, con la postura de quien, tras un discurso, se queda de pie en el estrado, esperando las preguntas de la audiencia, y miró de izquierda a derecha y de derecha a izquierda los vehículos que formaban una larga fila sin intersticios sobre el pavimento. La fila de coches no había avanzado ni un ápice con respecto a hacía un rato.

La gente se había detenido allí, sin nada que hacer, observando todos sus movimientos. Se preguntaban azorados qué demonios estaría haciendo aquella chica. Las miradas, en las que se entremezclaban preocupación y despreocupación, envidia y desdén, se vertían sobre Aomame, que había pasado al otro lado de la verja. Los sentimientos de aquella gente se balanceaban como una báscula inestable, incapaces de caer hacia un mismo lado. Un silencio plúmbeo los envolvía. No había nadie que levantara la mano e hiciera preguntas (y aunque hicieran preguntas, Aomame no tenía intención de contestarlas). La gente sólo aguardaba en silencio una ocasión que nunca llegaría. Aomame irguió levemente el mentón, se mordió el labio inferior y los evaluó por encima desde el fondo de aquellas gafas de sol de color verde oscuro.

«Seguro que ni os imagináis quién soy, adónde voy y qué voy a hacer a continuación», empezó a decir Aomame sin mover los labios. «Vosotros estáis ahí atados, no podéis ir a ningún sitio. Apenas podéis avanzar y ni siquiera podéis dar marcha atrás. Pero yo no. Yo tengo un trabajo que hacer. Una misión que debo ejecutar. Por eso, permitidme que vaya pasando.»

Por último, Aomame sintió ganas de contraer la cara con todas sus fuerzas hacia toda aquella gente. Sin embargo, abandonó la idea. No tenía tiempo para cosas superfluas. Una vez

que contrajera la cara, le llevaría trabajo devolverla a su expresión habitual.

Aomame dio la espalda al público enmudecido y comenzó a descender con paso cauteloso las escaleras de evacuación para emergencias, sintiendo la tosca frialdad del hierro en la planta de los pies. El viento frío de principios de abril le mecía el cabello y, a veces, le dejaba al descubierto la deforme oreja izquierda.

2

TENGO

Una idea un tanto diferente

El primer recuerdo de Tengo era de cuando tenía un año y medio. Su madre se había quitado la blusa, había desanudado el lazo de la combinación blanca y daba el pecho a un hombre que no era su padre. Un bebé yacía en una cuna; probablemente fuera Tengo. Él se veía a sí mismo en tercera persona. Aunque quizá fuera su hermano gemelo... No, no lo era. Aquél debía de ser el propio Tengo, con un año y medio de edad. Lo sabía por intuición. El bebé estaba dormido, con los ojos cerrados, y podía oírse débilmente cómo respiraba. Para Tengo, aquél era el primer recuerdo de su vida. Aquella escena de apenas diez segundos había quedado grabada con nitidez en las paredes de su mente. No había antes ni después. El recuerdo estaba completamente solo, aislado, como un pináculo en una ciudad anegada por una gran riada, cuya cabeza asoma por encima de la superficie turbia del agua.

Cada vez que se le presentaba la oportunidad, Tengo preguntaba a las personas que lo rodeaban qué edad tenían en el primer recuerdo de sus vidas. La mayoría, cuatro o cinco años. Como muy pronto, tres años. Nadie solía recordar cosas de una edad más temprana. Era como si un niño debiera tener al menos tres años para poder presenciar y comprender, con cierta lógica, las situaciones que ocurrían a su alrededor. En fases previas, todo se reflejaba como un caos incomprensible. El mundo era cenagoso como una papilla diluida, carecía de armazón y resultaba elusivo. Se escapaba por la ventana sin llegar a constituir un recuerdo en el cerebro.

Por supuesto, un lactante de un año y medio de edad no

puede juzgar qué significa el hecho de que un hombre que no es su padre chupe los pezones de su madre. Eso es evidente. Por lo tanto, si aquel recuerdo de Tengo fuera verdadero, la escena se le habría quedado grabada en la retina tal y como la vio, sin ser enjuiciada. Igual que una cámara que graba mecánicamente los cuerpos en la cinta de celuloide, amalgamando luz y sombra. Y a medida que la mente se desarrolla van analizándose paulatinamente las imágenes reservadas y fijadas y se les da un sentido. Pero ¿podría haber sucedido aquello en la realidad? ¿Es posible que tal imagen se almacene en el cerebro de un lactante?

¿No sería, acaso, un mero falso recuerdo? Una invención de la memoria: Tengo también había considerado esa posibilidad. Pero había llegado a la conclusión de que lo más seguro es que fuera imposible. Era demasiado vívida y tenía un poder persuasivo demasiado profundo como para ser una invención. La luz, el olor, las palpitations allí presentes. El realismo que emanaba era sobrecogedor; no podía ser una falsificación. Además, suponiendo que fuera real, daba sentido a muchas cosas. De manera lógica y emotiva.

A veces aquella imagen nítida aparecía, sin previo aviso, durante unos diez segundos. Ni un presagio, ni una prórroga. Sin llamar a la puerta. Lo visitaba de repente cuando viajaba en el tren, cuando escribía fórmulas matemáticas en el encerado, cuando comía o cuando charlaba con alguien (como, por ejemplo, en ese preciso instante). Avanzaba arrastrando todo, como un tsunami silencioso. Cuando se daba cuenta, ya se alzaba ante él y los miembros se le dormían por completo. El tiempo se detenía durante un instante. A su alrededor, el aire se enrarecía y le costaba respirar. La gente y los objetos que lo rodeaban se convertían en cosas ajenas a él. La pared líquida engullía su cuerpo. Aunque sentía que el mundo se iba cerrando y quedando a oscuras, sus sen-

tidos no se desvanecían. Tan sólo se trataba de un cambio de agujas en los raíles de la vía. En parte, sus sentidos se volvían más agudos aún. No tenía miedo. Pero no podía abrir los ojos. Tenía los párpados bien cerrados. Los ruidos que lo rodeaban se iban alejando. Y entonces esa imagen familiar se proyectaba varias veces en la pantalla de su mente. Le sudaba todo el cuerpo. Sentía cómo la zona de las axilas de la camisa se humedecía. El cuerpo empezaba a temblarle ligeramente. Sus latidos eran más rápidos y fuertes.

Cuando estaba con alguien, Tengo fingía sentirse mareado. La verdad era que se parecía a un mareo. Pasado cierto tiempo, todo volvía a la normalidad. Sacaba un pañuelo del bolsillo, se lo llevaba a la boca y se quedaba quieto. Levantaba la mano en señal de que no pasaba nada, para que el acompañante no se preocupara. A veces se terminaba en treinta segundos; otras, continuaba durante más de un minuto. Durante ese tiempo, la misma imagen se repetía automáticamente, como en la función de *repeat*, si lo comparamos con una cinta de vídeo. La madre se desanudaba el lazo de la combinación y el hombre le chupaba los pezones erectos. Ella cerraba los ojos y jadeaba. El nostálgico olor de la leche materna flotaba tenuemente en el ambiente. El olfato es el órgano más desarrollado en un bebé. Puede enseñar muchas cosas. En ciertas ocasiones, puede enseñarlo todo. No se oía ni un solo ruido. El aire se convertía en un líquido espeso. Sólo percibía, por lo bajo, sus propios ruidos cardiacos.

«Míralo», le decían. «Mira *sólo* eso», le decían. «Estás aquí; no tienes ningún otro sitio adonde ir», le decían. El mensaje se repetía incansablemente.

El «ataque» de esta vez fue largo. Tengo cerró los ojos, se llevó un pañuelo a la boca, como siempre, y lo mordió con

fuerza. No sabía durante cuánto tiempo había estado así. Cuando todo terminó, la única forma de saber la duración era por el cansancio corporal. Estaba exhausto. Era la primera vez que se sentía tan fatigado. Pasó algún tiempo hasta que fue capaz de abrir los párpados. Sus sentidos deseaban despertarse cuanto antes, pero el sistema de músculos y vísceras ofrecía resistencia. Como un animal en estado de hibernación que se confunde de estación y se despierta antes de tiempo.

«¡Eh, Tengo!», había estado gritando alguien desde hacía un rato. Aquella voz sonaba vagamente, desde las profundidades de una caverna. Tengo se dio cuenta de que era su nombre. «¿Qué te pasa? ¿Es lo de siempre? ¿Estás bien?», decía la voz. Esta vez lo oyó desde un poco más cerca.

Por fin abrió los ojos, se centró y observó su mano derecha, agarrada al borde de la mesa. Confirmó que el mundo no se había desintegrado, que él seguía estando allí y seguía siendo el mismo. Aún sentía cierto entumecimiento, pero aquélla era su mano derecha, sin duda. También olía a sudor. Era un olor extrañamente salvaje, como el que se percibe delante de la jaula de alguna bestia en los zoológicos. Sin embargo, aquél era el olor que él mismo desprendía, no había duda.

Tenía sed. Tengo estiró la mano, alcanzó el vaso de la mesa y se bebió la mitad del agua, prestando atención a no derramarla. Una vez que descansó y recobró el aliento, se bebió la otra mitad. Su mente regresó, progresivamente, a su sitio, y sus sentidos volvieron a la normalidad. Depositó el vaso vacío sobre la mesa y se secó los labios con el pañuelo.

–Lo siento. Ya estoy bien –dijo. Luego comprobó que la persona que se sentaba frente a él era Komatsu. Se habían citado en una cafetería cercana a la estación de Shinjuku. Las voces de las conversaciones a su alrededor comenzaron a so-

nar como voces normales. La pareja que estaba sentada a su lado los miraba preguntándose qué habría podido suceder. Una camarera se había acercado con cara de preocupación. Quizá temiera que fuera a vomitar sobre el asiento. Tengo alzó la cara, le sonrió y asintió. Como diciendo: «No pasa nada. No te preocupes».

–¿No es un ataque de algo? –preguntó Komatsu.

–No tiene importancia. Sólo es una especie de mareo. Aunque intenso –contestó Tengo. Aquella voz aún no sonaba como su voz, pero se le acercaba.

–Como te pase cuando estés conduciendo, puede ser grave –dijo Komatsu, mirándolo a los ojos.

–Yo no conduzco.

–Pues mejor. Un conocido mío con alergia al polen de cedro japonés empezó a estornudar cuando iba conduciendo y se empotró contra un poste eléctrico. Sin embargo, lo tuyo es algo más que estornudar. La primera vez me asusté de verdad. A partir de la segunda, ya me he ido acostumbrando.

–Lo siento.

Tengo tomó la taza de café y bebió un trago. No sabía a nada. El líquido templado pasaba por su garganta, sin más.

–¿Quieres más agua? –preguntó Komatsu.

Tengo sacudió la cabeza.

–No. Estoy bien. Ya se me ha pasado.

Komatsu sacó una cajetilla de Marlboro del bolsillo de la chaqueta, se llevó un cigarro a la boca y lo encendió con una cerilla del local. Luego miró de reojo el reloj de pulsera.

–Bueno, ¿de qué estábamos hablando? –preguntó Tengo. Debía volver a la normalidad cuanto antes.

–A ver..., ¿de qué estábamos hablando? –dijo Komatsu, y se paró a pensar un rato mirando al vacío. O quizá fingiera estar pensando. Tengo no podía discernirlo. Los gestos y la manera de hablar de Komatsu tenían al menos una parte de

interpretación-. ¡Ah, sí! Hablábamos de la chica, Fukaeri. Y de *La crisálida de aire*.

Tengo asintió. Fukaeri y *La crisálida de aire*. Justo cuando Komatsu había empezado a explicárselo, sufrió el «ataque» y la conversación se interrumpió. Tengo sacó del maletín una copia del manuscrito y la depositó sobre la mesa. Luego colocó la mano encima y comprobó una vez más su tacto.

-Ya le había comentado brevemente por teléfono que la mayor virtud de *La crisálida de aire* es que no imita a nadie. Resulta sorprendente, para ser obra de una escritora novel, que no pretenda parecerse a algo -dijo Tengo escogiendo cuidadosamente las palabras-. Es verdad que el estilo aún es tosco y que el vocabulario resulta infantil. En general, empujando por el título, confunde «crisálida» con «capullo». Y si me pongo, podría enumerar unos cuantos defectos más. Pero al menos la historia posee algo que llama la atención. Aunque toda la obra es de corte fantástico, los detalles de las descripciones son extremadamente realistas. Están muy bien equilibrados. No sé si originalidad y necesidad serían las palabras más adecuadas para calificarla. Es cierto que tal vez no esté a la altura, pero cuando acabé de leerla a trompicones, hizo que me quedara en silencio. Podría decirse que tuve una extraña sensación de incomodidad, difícil de explicar. [...]

Tengo permaneció callado durante un instante. Luego habló:

-¿Hay algo que le resulte impredecible en lo que escribió Fukaeri?

-Sí. Hay algo, por supuesto. Esa niña posee algo valioso. No sé qué, pero lo tiene. Estoy seguro de ello. Tú lo sabes y yo también. Cualquiera puede percibirlo claramente, como el humo de una hoguera en una tarde sin viento. Sin embargo, Tengo, esa niña carga con algo que debe de ser demasiado pesado para sus brazos.

[...] Al entrar en el hotel, Aomame fue directamente a los aseos. Por suerte no había nadie. Primero se sentó en el retrete y orinó. Tardó un buen rato. Cerró los ojos y escuchó el ruido de su propia orina, sin pensar en nada, como quien afina el oído para escuchar, a lo lejos, el rumor del oleaje. Después se puso frente al lavabo, se lavó las manos cuidadosamente con jabón, se cepilló el pelo y se sonó la nariz. Sacó el cepillo de dientes y se los lavó deprisa sin echarse pasta. Como andaba un poco justa de tiempo, se saltó el hilo dental. No hacía falta llegar a tanto. Aquello tampoco era una cita. Frente al espejo, se pintó ligeramente los labios y se arregló las cejas. Luego se quitó la parte superior del traje, se colocó bien el alambre del sujetador, estiró las arrugas de la blusa blanca y se olió debajo de la axila. No olía a nada. Acto seguido, cerró los ojos y recitó una oración, como siempre. Aquellas palabras no querían decir nada en sí mismas. No importaba lo que significaban. Lo importante era rezar.

Cuando terminó de rezar, abrió los ojos y se miró en el espejo. No había de qué preocuparse. Era una mujer de negocios con talento, hecha y derecha. Enderezó la espalda y tensó los labios. Únicamente aquel bolso bandolera, grande y abultado, estaba fuera de lugar. Quizá debería haberse traído un maletín ligero. Pero, por otra parte, parecía práctico. Por si acaso, volvió a revisar todos los objetos que llevaba dentro del bolso. No había problema. Todo estaba en su sitio. Podía sacar cualquier cosa a tientas.

Sólo le faltaba realizar lo que se había convenido. Tenía que ir directa al grano, sin titubeos, convencida e implacable. Se desabrochó el botón superior de la blusa para facilitar que se le viera el escote cuando se agachara. Pensó con lástima que si hubiera tenido los pechos un poco más grandes, habría resultado más eficaz.

Sin que nadie sospechara nada, subió en ascensor hasta el cuarto piso, caminó por el pasillo e, inmediatamente, encontró la puerta de la habitación 426. Sacó del interior del bolso un portafolios que había dejado preparado, lo abrazó contra el pecho y llamó a la puerta con un golpe suave y conciso. Esperó un rato. Entonces volvió a llamar. Un poco más fuerte y más segura. Se oyó una voz débil procedente del interior y la puerta se entreabrió. Un hombre asomó la cara. Rondaría los cuarenta años. Llevaba una camisa azul marino y unos pantalones de franela grises. En el ambiente se percibía que, entre tanto, el hombre de negocios se había quitado la chaqueta del traje y se había aflojado la corbata. Tenía los ojos muy rojos, como de mal humor. Quizá no había dormido bastante. Miró la figura de Aomame, vestida con el traje de ejecutiva, y puso cara de cierta sorpresa. Tal vez se esperaba a una empleada o alguien que le llenara el minibar de la habitación.

—Disculpe que lo moleste. Soy la señora Itō, gerente del hotel, y venía a inspeccionar la habitación por un problema en el sistema de aire acondicionado. ¿Me permite que entre en la habitación sólo cinco minutos? —dijo Aomame, ri-sueña, en un tono de voz ágil.

El hombre entornó los ojos con desagrado.

—Estoy realizando un trabajo importante y urgente. Dentro de una hora voy a salir de la habitación, ¿no le importa-

ría esperar hasta entonces? Ahora mismo el aire acondicionado funciona sin ningún problema.

–Lo siento muchísimo, pero se trata de una medida de seguridad urgente relacionada con un cortocircuito y terminaré lo antes posible. Estoy yendo de habitación en habitación. Si me lo permite, acabaré en menos de cinco minutos.

–¡Qué remedio me queda! –exclamó el hombre y chasqueó la lengua–. Y eso que reservé esta habitación precisamente para que no me molestaran durante el trabajo...

El hombre señaló los documentos que había sobre el escritorio. [...]

–Disculpe las molestias –dijo Aomame, con la sonrisa jovial del negociante en la cara. Luego, para consumar su propósito, metió medio cuerpo dentro de la habitación, abrió el portafolios empujando la puerta tras de sí y anotó algo con un bolígrafo–. El cliente es..., eh..., el señor Miyama, ¿no? –le preguntó. Recordaba su cara de haberla visto varias veces en fotografías, pero no perdía nada asegurándose de que era la persona correcta. Si se equivocara, sería irreparable.

–Sí, soy Miyama –dijo el hombre en un tono descortés. Luego suspiró, como si se rindiera. Como si dijera «De acuerdo, haz lo que te venga en gana». Entonces se dirigió hacia el escritorio con un bolígrafo en la mano y volvió a coger los documentos que había empezado a leer. La chaqueta del traje y una corbata a rayas habían sido tiradas bruscamente sobre la cama doble, todavía hecha. Ambas prendas parecían artículos caros. Aomame, con el bolso bandolera aún colgado al hombro, se dirigió al armario. Le habían dicho con antelación que el panel del interruptor del aire acondicionado se encontraba allí. Dentro del armario había colgadas una gabardina hecha de un material suave y un fular de cachemir gris oscuro. Como equipaje únicamente había un maletín de piel. No veía mudas ni un neceser. Tal vez no tuviera inten-

ción de quedarse allí por mucho tiempo. Encima del escritorio había una cafetera que había recibido del servicio de habitaciones. Tras haber fingido que inspeccionaba el panel durante unos treinta segundos, llamó a Miyama.

–Muchísimas gracias por su colaboración, señor Miyama. No hay ningún problema con la instalación en esta habitación.

–¿Pero no le he dicho al principio que el aire acondicionado funcionaba bien? –dijo Miyama con voz altiva, sin volverse siquiera hacia ella.

–Oiga, señor Miyama –dijo Aomame tímidamente–; disculpe, pero parece que tiene algo en la nuca.

–¿En la nuca? –Miyama se llevó la mano al cogote. Después de frotarse un poco, se miró la palma con recelo–. Pues parece que no tengo nada...

–Si me permite –dijo Aomame acercándose al escritorio–, ¿puedo mirar de cerca?

–Sí, claro, pero... –respondió Miyama con cara de extrañeza–. ¿Qué es? ¿Qué tengo?

–Parece pintura. Es de color verde claro.

–¿Pintura?

–No sé. Por el tono, parece pintura. Si es tan amable, ¿le importa que toque con la mano? Quizá se pueda quitar.

–Sí –dijo Miyama. Se agachó y se puso de espaldas a Aomame. Parecía que acababa de cortarse el cabello, y tenía la nuca descubierta. Aomame inspiró, contuvo el aliento, se concentró y buscó rápidamente aquel punto. A modo de señal, presionó un poco con la yema de los dedos. Cerró los ojos y comprobó que no se había equivocado al tocar. En efecto, era ahí. En otras circunstancias le hubiera gustado tomarse su tiempo y asegurarse, pero no tenía más margen. Dadas las condiciones, estaba haciéndolo lo mejor posible.

–Por favor, ¿podría aguantar un poquito en esta posi-

ción? Voy a coger una linterna del bolso. Es que no se ve bien con la iluminación de la habitación.

–La pintura esa, o lo que sea, ¿está pegada? –preguntó Miyama.

–No lo sé. Voy a mirarlo ahora mismo.

Aomame, con el dedo colocado suavemente en un punto de la nuca del hombre, extrajo un estuche rígido de plástico del bolso, abrió la tapa y sacó un objeto envuelto en un paño fino. Al desanudar el paño habilidosamente con una mano, salió algo semejante a un pequeño picahielos. Tendría una longitud de unos diez centímetros. La empuñadura era pequeña, de madera maciza. Pero aquello no era un picahielos. Sólo tenía la forma. No servía para picar hielo. Ella misma lo había diseñado y fabricado. La punta era muy aguda, como una aguja de coser. Para que el punzón no se doblara, iba clavado en un pequeño trozo de corcho. Era un corcho de elaboración especial, blando como el algodón. Aomame quitó el corcho cuidadosamente con las uñas y se lo guardó en el bolsillo. Entonces acercó la aguja desnuda a aquel punto del cuello de Miyama. «Venga, tranquilízate, que éste es el momento crítico», se convencía Aomame. No se podía permitir fallar ni por un milímetro. Si se desviaba un poco, todo el esfuerzo se habría ido al garete. Ante todo, requería concentración.

–Perdone. Acabo ahora mismo –dijo Aomame.

Para sus adentros, comenzó a decirle al hombre: «Tranquilo, que acabo en un abrir y cerrar de ojos. Espere un poquito más. Después ya no le hará falta pensar en nada. Ni en el sistema de refinado del petróleo, ni en las tendencias del mercado de crudo pesado, ni en los informes trimestrales al grupo inversor, ni en la reserva del vuelo a Bahreïn, ni en el soborno al oficial o el regalo para su amante..., no tendrá que pensar en nada más. Debe de haber sido bastante duro ocu-

parse continuamente de todas esas cosas, ¿no? Por eso, espere sólo un poquito más, por favor. Yo me voy a concentrar y voy a hacer mi trabajo con toda seriedad, así que no se impaciente. Por favor.»

Una vez que comprobó la posición y se decidió, alzó la mano derecha en el aire, contuvo la respiración y, tras una breve pausa, la dejó caer secamente, asiendo la empuñadura de madera. No fue muy fuerte. Si aplicaba demasiada fuerza, la aguja se podría doblar bajo la piel. Tampoco podía dejar la punta ahí. Había que dejar caer la palma de la mano con suavidad, con mimo, en el ángulo adecuado y con la fuerza adecuada. Secamente, sin oponerse a la gravedad. Y hacer que el fino extremo de la aguja penetrara de la forma más natural posible en aquel punto. Profunda, suave y mortal. Lo principal era el ángulo y la fuerza de la penetración; o, más bien, la fuerza de la extracción. Si prestaba atención a todo eso, resultaría tan sencillo como clavar una aguja en un pedazo de tofu. El extremo de la aguja penetraba en la carne, pinchaba un punto específico en la parte inferior del cerebro, y el corazón dejaba de latir como si se apagara una vela. En cuestión de segundos, todo acababa. Hasta resultaba soso. Sólo Aomame era capaz de hacerlo. Nadie más podía encontrar a tientas aquel punto delicado. Sin embargo, ella sí podía. Las yemas de sus dedos estaban dotadas de una intuición especial.

Se oyó al hombre coger aliento, sobresaltado. Todos los músculos se le contrajeron con un espasmo. Tras percibir esa sensación, Aomame extrajo la aguja deprisa. Luego, sin perder tiempo, presionó sobre la herida una gasita que llevaba preparada en el bolsillo. Era para evitar una hemorragia. La aguja era muy fina y sólo lo había pinchado durante escasos segundos. Aunque se produjera una hemorragia, sería muy reducida. No obstante, tenía que ponerse en el peor de los ca-

sos. No podían quedar rastros de sangre. Una sola gota podría resultar fatal. La cautela era una de las virtudes de Aomame.

El cuerpo de Miyama quedó yerto y, poco a poco, fue perdiendo fuerza. Como cuando una pelota de baloncesto se desinfla. Manteniendo la presión del dedo índice sobre el punto en la nuca del hombre, lo tendió boca abajo sobre el escritorio. Tenía la cara apoyada sobre los documentos, a modo de almohada, y el resto del cuerpo tendido de costado en el escritorio. Los ojos estaban abiertos, aún con expresión de sorpresa. Parecía que hubiera sido testigo en el último momento de algo enigmático e inaudito. No se percibía miedo ni dolor. Tan sólo puro asombro. Algo anormal había sucedido en su cuerpo. Pero no podía comprender de qué se trataba. Desconocía si era dolor, picazón, placer o algún tipo de revelación. En el mundo existen diversas maneras de morir, pero probablemente no existiese ninguna tan placentera.